



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jeo.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÍERCOLES 15 DE MARZO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste rue Gaumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

HUMANITARISMO

HIPÓCRITA

Si no estuviéramos convencidos hasta la saciedad de lo que vale el humanitarismo de que hacen gala los norte-americanos, sus últimos actos en Filipinas nos lo harían apreciar en todo su valor.

¡Humanitarismo! Palabra hueca que sirve de pantalla al ansia de negocio de los yanquis. ¡Misión redentora! ¿Qué saben de eso los hijos del tío Sam?

Por humanidad nos hicieron la guerra en Cuba. Les daba mucha lástima ver á los mambises sugelos á España. Prosiguiendo su misión redentora de romper las cadenas del esclavo, levantaron contra nosotros la isla de Luzón.

¿Y qué ha pasado luego? Han hecho traición á los tagalos y han cometido con los españoles la acción más inhumana que se registra en la ya interminable relación de sus innobles obras.

Sus manejos para arrebatarlos las colonias y sus imposiciones cuando nos vieron indefensos, resultan cosas de valor escaso, y hasta pasaderas, comparadas con el nuevo golpe que han asestado al derecho de gentes.

Arden los españoles en deseos de rescatar á sus compatriotas de Manila que tuvieron la mala suerte de caer en manos de Aguinaldo; y cuando, desahuciados por los dueños de la colonia y apurados todos los medios, se decide el gobierno español á tratar con dicho caudillo, pagándole á peso de oro la libertad de los prisioneros, pone su veto el representante de Mac-Kinley, porque el dinero que España entregue á los rebeldes servirá para que éstos combatan á los americanos.

El hecho no puede ser más brutal, pero así es; así lo ha realizado

el general Otis, oponiéndose á que los comisionados de España atravesasen las líneas de sus tropas para tratar con los filipinos ese asunto en cuya solución favorable están interesada España y la humanidad entera.

Pero los americanos no quieren. Su humanitarismo no llega á interesarse por los millares de españoles que ellos mismo contribuyeron á perder.

Y las naciones miran con indiferencia la suerte de esos desdichados, víctimas de un egoísmo sin ejemplo que está reclamando á voces el castigo de Dios.

Hay que renunciar á todo intento de rescate. No conviene á los americanos la libertad de los españoles ni se alreve ninguna potencia á poner mano en el asunto.

Este va á ser confiado á la Cruz Roja.

Que Dios la ilumine y tenga piedad de nuestros hermanos de Filipinas.



Asesinato de Julio César.

15 de Marzo

«César llegó á hisonjearse de que los romanos le dejarían tiempo para acabar su obra—dale al imperio una constitución y á sus sucesores un modelo de administración—y que le perdonarían su poder; se hallaba rodeado de hombres que le debían la vida ó á quienes había colmado de beneficios; sus mismos enemigos no tenían nada que temer de su resentimiento, y la tranquilidad renacía tras de la guerra civil.

Pero el antiguo espíritu republicano no se había extinguido enteramente: algunos tribunos osaron quejarse de César, y los más peligrosos eran los que

más se callaban, dice un ilustre historiador al ocuparse sumariamente de la tempestad que se cernía sobre la cabeza del guerrero, legislador é historiador que ocupa, con justicia, bien rara, excelsa puesto en los anales de la antigüedad, en los últimos días de su vida».

Julio César, se defendía al oír que los romanos le perdonarían la dictadura á que les había sometido, en gran parte, á las grandezas á que un genio de guerra y de gobernante había dado á Roma; pues en tanto que él alimentaba esa esperanza y se disponía á dar á su pueblo nuevas leyes que culminaban á regularizar la administración que había de asegurarle el poderío, sus enemigos conspiraban contra él y decretaron su muerte.

César fué sabedor de ello, pero ó no temía á sus enemigos, ó no creyó las noticias que hasta él llegaron de lo que se trataba, y el 15 de Marzo del año 44 antes de Jesucristo, perseguido á los golpes de los puñales de Mario, Bruto y Casio.

«Los conjurados—dice César Cantá—que eran sesenta y tres de los principales ciudadanos, resolvieron matarle en los idus de Marzo, y estando en el Senado se le acercaron en ademán de pedirle un nuevo acto de clemencia, y le atacaron; él se defendió, pero viendo levantado contra él el puñal de Bruto, exclamó: «Tú también, hijo mío?» y se dejó traspasar de veinte puñaladas al pie de la estatua de Pompeyo.

Hernando de Acavedo.

(Prohibida la reproducción.)

TAMBERLICK

El que con Manuel García, Mario y Gayarre formó el oneroso de tenores de ópera que más idolatraron los públicos que tuvieron la fortuna de admirar sus

potentosas facultades, su arte y sus envidiables talentos, y que se llamó Enrique Tamberlick; vino al mundo en Roma, el 16 de Marzo de 1820, y falleció en París, dos días antes de cumplir los sesenta y tres años de edad, después de haber gozado una vida en que todo fueron triunfos y dichos.



COLABORACIÓN INÉDITA

EL SUEÑO DE MI TÍO

Los padres de Tamberlick, cuando éste llegó á la época en que el ser humano empieza á labrarse su porvenir, le hicieron ingresar en el Seminario de Montefiascone, donde cursó parte de las asignaturas de la carrera eclesiástica, la cual no terminó, porque su gran inclinación al arte musical le hizo abandonar los libros de Moral, Filosofía y Teología, y consagrarse al estudio de la música y del canto. Como su vocación y talento tenían la misma magnitud que sus facultades, en muy poco tiempo se hizo artista meritísimo, como lo demostró al debutar en el teatro de Fondo, de Nápoles, con la ópera de Bellini «I Cappellisti e Montecchi», hecho confirmado al poco tiempo en Lisboa y Madrid, poblaciones que tuvieron la suerte de oírle por primera vez en 1845.

En el invierno de 1846 cantó en el Covent Garden, de Londres, «Polinto», una de sus óperas favoritas, y acaso una de las en que no tuvo rival, «Guillermo Tell», «Lucrecia» y «Luola», y desde entonces Tamberlick adquirió universal fama y más aun cuando cantó en Rusia, cuyo emperador le dispensó señalados honores y mercedes.

En 1856 hizo un viaje á la América del Sur, y á Buenos Aires, Montevideo y Rio Janeiro, donde electrizó á los públicos, como lo había hecho en Europa, con su «do» de pecho.

En 1860 volvió á Madrid, cantando en el teatro de la Zarzuela, y en 1864 hizo su tercer viaje á España, presentándose en el escenario del Real, del cual no faltó ni una sola temporada hasta el año 1890, debido al gran cariño que cobró á España y al público madrileño, como lo demostraba tomando parte activa en las agitaciones populares de 1868 y cantando en todos sus beneficios una ópera española, contándose entre las elegidas por el ilustre y agradecido artista, «Marina», «Don Fernando el Empuzado», «Las naves de Cortés» y «La hija de Jefté»; la primera de Arrieta, la segunda de Zabaiurre y las dos últimas de Chapí.

El 14 de Marzo de 1893, cuando su avanzada edad le había arrastrado á la vida tranquila y cómoda, le sorprendió la muerte en París.

Hernando de Acavedo.

(Prohibida la reproducción.)



CAPITULO XXXIV

De cómo el tío Manzampulas era un personaje mucho más importante de lo que parecía

ropa; me dirigí al alcázar, y al llegar ví que sacaban preso al marqués de Leganés: volví á recorrer la calle del Arsenal, seguí por la puerta del Sol, por la carrera de San Gerónimo, por el Prado, hasta el Buen Retiro, y por todas partes ví infantería, caballería, cañones; he andado por Madrid, y he visto en las puertas de las casas de muchos de nuestros enemigos la convenida cifra blanca y roja; nadie ha sido preso más que el marqués de Leganés, y es extraño, que habiendo habido traidores, la conspiración solo se haya descubierto á medias; no sé cuántos han sido los traidores; pero conozco uno, y ese traidor sois vos.

—¡Yol exclamó el padre Tordehumos: vos estais loco, Juan Diego.

—Y si no sois traidor, ¿por qué no me habeis dicho: ir á tal parte, donde encontrabais cincuenta hombres dispuesto á todo?

—Porque estoy enfermo, Juan Diego.

—¡Enfermo, y tenéis el mejor color del mundo!

—Es que me sofocaba, me irritaba.

—Pues preparaos, padre, porque vais á sofocaros más; ¿no sabéis que el rey nuestro señor avanza sobre Madrid con un ejército de cincuenta mil hombres compuesto de austriacos, ingleses y holandeses?

—¡Cómo! ¿Qué exclamó el guardián, ¿incorporan-

de Tordehumos, que estaba metido en la cama habiéndose el enfermo.

III

Allí desapareció la humedad del verdugo. De pie, rígido, sombrío, junto á la cama del guardián, fijaba en él una mirada profunda, amenazadora, terrible.

—¿Dónde estuvisteis hace tres noches, padre Tordehumos? dijo el verdugo con el mismo acento de un superior que interroga á un inferior que ha faltado á su deber.

—Estaba en la quinta de Pozofrio, contentó el guardián.

—Yo oree, padre, que la quinta de Pozofrio no está junto á las tapias del buen Retiro; me os ha visto; estuvisteis en la huerta del Roncagado con la instigante princesa de los Ursinos; en la huerta está también el gitano Bizarro; nos habeis vendido, padre Tordehumos; os habeis metido de miedo en la cama; esta mañana vine á veros disfrazado para que me diésteis los nombres con los cuales debía yo haber preso al duque y á la duquesa de Anjou, y os negásteis á recibirme; me fui despedido á ver lo que había, y encontré la calle del Arsenal cubierta de

L verdugo dejó su cabalgadura según costumbre en una cañita de las afueras, situada cerca de la puerta de Santa Bárbara.

Se entró por la calle de Enencarral, siguió hasta la de las Infantas, torció por ella, llegó á la esquina de la calle del Clavel, y se inclinó hasta poder hablar al oído de un mendigo paralítico, háguero, que dejaba vez una pierna hinchada y pustulenta.

Aquel mendigo era Retavieja.